

Texto Margarita Puig

VIVIR EN EL HOTEL



Alan Plant
Empresario

Condes de Barcelona

DESDE HACE
DIEZ AÑOS,
REPARTE SU
VIDA ENTRE
LA CAPITAL
INGLESA Y
BARCELONA

“NO CAMBIARÍA ESTO POR NADA DEL MUNDO”

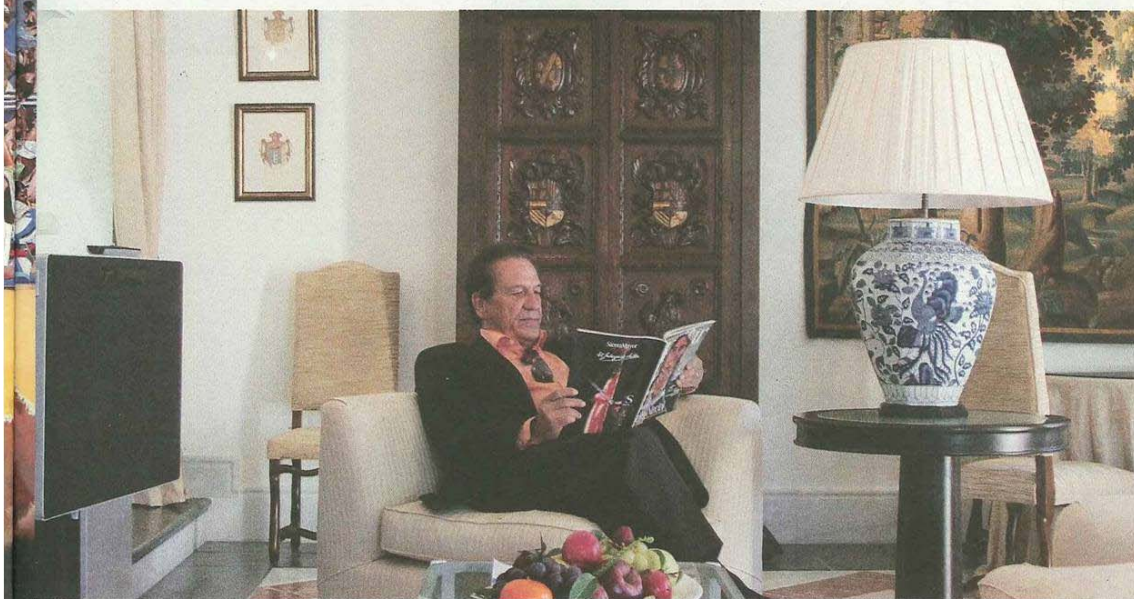
Desde hace diez años vive entre Londres y Barcelona. Y si en la capital londinense reside en un lujoso apartamento sobre el río Támesis –en el que no falta conserje–, en Barcelona tiene siempre a su disposición su propia habitación en el edificio viejo del hotel Condes de Barcelona, que considera uno de sus dos “primeros” hogares. Habitualmente son quince los días que pasa en Londres y quince los que disfruta de su alojamiento en su suite del paseo de Gràcia barcelonés. ¿La razón de esta duplicidad de viviendas? Muy fácil, quiere mantenerse cerca de todos sus negocios sin alejarse de su familia y estar el

máximo de tiempo posible en la ciudad catalana que le robó el corazón hace tres décadas. Alan Plant, que es como se llama este inglés elegante que habla un castellano perfecto y hace gala de un peculiar humor inglés con cierto toque castizo, llegó a Barcelona por primera vez en 1985 por razones de trabajo. En 1997 volvió a su ciudad natal para vivir más cerca de sus nietos, pero con el tiempo este culé empedernido resolvió que no tenía por qué decidir entre las dos ciudades y que podía disfrutar de ambas, al tiempo que dirigía mejor los negocios que tiene en cada una de ellas. Así es como, para impulsar su empresa de restauración Smart Projects SL, comenzó a frecuentar el hotel Condes de Barcelona durante un par de semanas al mes. La experiencia se repitió desde 1999 hasta el día de hoy, y Plant se convirtió, más que en un huésped, en un vecino del

establecimiento. Tanto es así que no sólo le conoce todo el personal del hotel, sino que incluso mantiene su coche en la plaza de parking que le fue asignada hace ya muchos años. Plant que lleva en exclusiva la firma de chocolates Hershey, tiene muy claro que este es el modo de vida que le gusta. Y asegura: “Ya no sé vivir sin la posibilidad de enviar la ropa a la lavandería, sin la opción de tener a mi disposición un taxi cuando lo necesito, de ir los ratos libres a jugar al club de golf de Vallromanes, del cual soy socio... en fin, que no cambiaría esto por nada del mundo”. En Londres no echa en falta estas comodidades porque, tal como le recuerdan sus hijos, el hecho de vivir en un apartamento con conserje es casi como vivir en un hotel disfrazado de comunidad de vecinos. Y en cuanto al Condes de Barcelona asegura que lo que más le satisface es “reconocer todos y cada

uno de sus rincones, la atención de su gente, la suerte de disponer de un servicio con ideas jóvenes y muy eficaz y el hecho de recibir un trato absolutamente correcto por parte de todos”. Dice que además le ofrecen un “paquete económico muy competitivo” y que tiene la suerte de vivir en una de las zonas más privilegiadas de la ciudad. “No estoy cerca del trabajo, pero estoy en el centro de Barcelona, me siento cómodo y próximo a todo lo que necesito”, explica Plant, que de los dos edificios con que cuenta el hotel que ha escogido como hogar, se queda con el viejo y aplaude el hecho de ir viendo “Como todos los meses un joven y dinámico equipo de dirección, con Albert Labastida a la cabeza, va poniendo al día lo que necesita un retoque sin que por ello desaparezca el encanto de esta casa con historia que también encierra una parte de la mía”.

Viven en el hotel. No por uno o dos meses, sino desde hace años. Algunos incluso llevan más de una década hospedados en una habitación que han hecho suya. Todos encuentran ventajas a su situación y todos consideran al personal del establecimiento en el que se alojan como una segunda familia. Dicen que su gran suerte es que disponen de viviendas con miles de metros cuadrados, gimnasio, peluquería, golf, piscina y servicio las 24 horas. Una situación difícil de recrear incluso en las más lujosas mansiones. Una libertad nada económica que sólo está al alcance de unos pocos



Hilario Fernández
Administrativo

Hotel Villa Padierna, Marbella

VIVIR EN
UN HOTEL
PERMITE
COMBINAR
VIDA
PERSONAL
Y LABORAL

“MI HABITACIÓN ES COMO MI NIDO”

Administrativo y secretario personal de un importante empresario de alto nivel de origen tailandés, se instaló hace un año en el hotel Villa Padierna de Marbella por motivos de “trabajo, comodidad y seguridad de mi director”. Aunque Hilario Fernández lleva alojándose de forma periódica en este establecimiento desde su apertura ahora hace seis años, al principio le inquietaba el hecho de vivir en un hotel y temía no tener una privacidad absoluta. Luego, asegura, se dio cuenta de que el cambio también le reportaba muchas ventajas. “En mi caso supone tener tu casa y la oficina en el mismo espacio, además de

un campo de golf que visito como mínimo cuatro veces por semana”, explica. Fernández considera que su peculiar situación le ofrece “la comodidad de compaginar mejor la vida laboral con la vida personal porque permite que uno se organice como quiere y en el momento que quiere”. Por ejemplo, añade, “hay veces que prefiero trabajar de noche y por la mañana disfrutar del spa o del golf del hotel, lo que me da una cierta autonomía que posiblemente la mayoría de las personas con el mismo empleo que yo no tiene. Gozo del confort de mi propia casa y mi oficina de manera coordinada con el plus de tener los servicios exclusivos de un hotel con todos los lujos”. ¿Desventajas? Para qué negarlo, este administrativo y secretario personal reconoce que en su caso la distancia con la familia, aunque es mínima, es lo más difícil de sobrellevar, aunque está

claro que la relación vía internet suaviza la situación. Fernández vive en una suite nueva del hotel, cerca del anfiteatro romano, que es “amplia, limpia y muy confortable. Tiene una espaciosa terraza con vistas preciosas al campo de golf Los Flamingos y al Mediterráneo, un baño muy amplio, salón con chimenea, *kitchenette* totalmente equipada, máquina de café y té, televisor de pantalla plana, reproductor de DVD, CD, mp3 y todo lo necesario para que me sienta como en casa: es como mi nido, incluso el tipo de decoración me transmite tranquilidad y armonía”,

explica. Y en ella tiene sus artículos personales y documentos de la empresa de carácter confidencial, con la tranquilidad de saber que se encuentran en un sitio fiable y privilegiado, y fotografías de su familia, documentos y objetos de valor sentimental. El personal del hotel le llama por su nombre, conoce sus preferencias, se preocupa por su bienestar e incluso por su alimentación. Y para él, un buen gourmet, el hecho de disponer de tres restaurantes en el Villa Padierna y de que le conozcan en todos ellos es casi como disponer de un cocinero personal.

en casa



Teba Orueta Blanco
Directora de Spa

Abama Golf & Spa Resort,
Tenerife

AUNQUE
VIVE DONDE
TRABAJA,
INTENTA EN
LO POSIBLE
TENER
PRIVACIDAD

“AL PRINCIPIO CUESTA ORGANIZARSE”

Hace casi dos años que se instaló en el Abama Golf & Spa Resort de Tenerife. Fue parte del acuerdo que firmó, como complemento del sueldo, cuando aceptó dirigir el spa de este hotel con todos los lujos imaginables. Para esta madrileña que necesita hacer deporte a diario la situación es ideal: tiene a su alcance todo un campo de golf, pistas de tenis, piscina, gimnasio y vive muy cerca de la playa, donde practica surf siempre que entran las olas adecuadas. Pero reconoce que le fue bastante difícil adaptarse a la nueva situación. “Al principio cuesta organizarse, pero una vez lo consigues es perfecto”, explica Teba

Orueta, que reconoce que al haber escogido esta opción por razones laborales lo más complicado es “conseguir desconectar incluso en los días libres: es curioso, a menudo he de salir un par de días a visitar a familia o amigos y dormir fuera, para darme cuenta de la relación tan estrecha que tiene mi vida personal con el trabajo. Y es entonces cuando echo de menos tener más de cosas mías a mano (álbumes de fotos, libros, cuadros favoritos) y sobre todo poder invitar a amigos a cenar o hacer una fiesta o celebración en casa. Sin embargo, tengo mucha suerte porque mis compañeros de los demás departamentos cuidan muy bien de mí”.

Por lo general, Teba vive en la misma habitación pero en ocasiones cambia, dependiendo de la ocupación. “Siempre son estancias muy amplias, con grandes ventanales que dejan entrar mucha luz,

vistas a jardines exóticos y/o al mar”, explica, para añadir que “el baño también es enorme y tiene una ducha independiente de una gran bañera. Y hay cama doble, sofá, mesita de café, televisión de plasma, escritorio, un gran armario (¡¡muy importante!!), terrazas amplias con sillones y mesitas de jardín, y a veces una tumbona para tomar el sol... La sensación de espacio y luz hace que todo sea muy agradable”. Le acompañan en su larga estancia en el Abama su ropa, accesorios y zapatos, y también “un neopreno para hacer surf los días libres, varios libros de lectura, un iPod, incienso, velas y una esterilla para hacer yoga y estiramientos en la habitación. Y por supuesto el ordenador Mac... no podría vivir sin él”. Su relación con otros huéspedes es casi nula. “Es política del hotel y también lo prefiero así: uso la discreción, los

pasillos internos y hago todo lo posible para poder hacer un vida privada. Sus verdaderos vecinos son los compañeros de trabajo ya que “al estar abiertos las veinticuatro horas te ayudan con cualquier cosa que te haga falta... desde lavarte alguna prenda en tiempo récord con tu detergente y suavizante preferidos, hasta personalizarte alguna cena especial e incluso dispensar un trato especial a tu familia”. Precisamente la relación con la familia es lo más difícil de llevar, reconoce Teba, a pesar de que no está casada ni tiene hijos, porque requiere coger un avión, y lo mismo pasa con sus amigos de Madrid. “Programas como iChat, Skype y Facebook, y cómo no, el correo electrónico hacen la distancia más llevadera, pero aun así siempre es necesario verse, abrazarse, tocarse y tomarse un café o una copa juntos siempre que sea posible”.



“AQUÍ TODO EL MUNDO ME APRECIA”

Su caso es especialmente peculiar porque Josep Puigmarí no sólo vive en el hotel, sino que además lo reside allí desde hace casi quince años. Este pintor que ha vivido en Estocolmo, Copenhague y París, ha pasado temporadas en Tokio y hace unos años decidió instalarse para siempre en Sitges, donde también residen su madre, hermano y sobrinos, reconoce que tuvo la suerte de conocer a Paco Castellví, dueño del hotel, para poder olvidarse de las cosas más absurdas del día a día. Para él es absurdo estar pendiente del dinero, tener que pensar en la compra, organizarse para almorzar o cenar, preocupar-

se por limpiar o que alguien le limpie la casa, tener la ropa a punto o verse en la tesitura de ser él mismo quien la escoja (normalmente son los amigos quienes le compran las americanas, vaqueros, zapatillas deportivas y zapatos que encajan con su exagerado estilo)... En fin, todo lo que conforma el día a día habitual de muchos es para Puigmarí un agobio del que ha sabido desprenderse. Desde que trasladó sus fotos personales, su ropa especialísima, sus sombreros y todo lo necesario para su trabajo a una amplia suite del Estela a la que con el tiempo ha sumado un enorme estudio, todas esas preocupaciones terrenales no forman parte de su vida. Este personaje con carácter, que nunca sale de su habitación sin maquillarse abundantemente los ojos ni calarse su sombrero de copa y los abalorios que él mismo decora, se levanta cada día al alba,

Josep Puigmarí
Pintor

Hotel Estela, P. de Aiguadolç

VIVIR SIN LAS PREOCCUPACIONES TERRENALES DE LA VIDA COTIDIANA

realiza sus ejercicios para mantener su tipo de modelo (lo fue en la época de Teresa Gimpera y Romy, de la mano de Leopoldo Pomés y Leopoldo Rodés, y desfiló incluso en París) y luego se pone a trabajar. Un breve descanso para el desayuno, de nuevo vuelve a los pinceles o a sus impactantes esculturas y a

las doce en punto baja a la cocina del comedor del hotel, donde come sano y a la plancha. Charla con los amigos que suelen ir a visitarle al Estela, regresa al estudio y, de vez en cuando, visita a su familia antes de cenar pronto y acostarse. Esa es su rutina, siempre y cuando no haya exposiciones, viajes o grandes tratos a la vista. Porque en los últimos años la obra de Josep Puigmarí ha conseguido una fiel clientela en lugares tan dispares como Dinamarca y China e incluso en Dubái, donde en la actualidad mantiene contacto con un príncipe para quien está haciendo una escultura que nada tendrá que envidiar a la famosa calavera de Hirst, puesto que incorporará ni más ni menos que diez mil diamantes azules. Este personaje al que, en sus visitas constantes a Cadaqués y las fiestas de Dalí junto a Alberto Oliveras confundían con Gregory Peck, está encantado con su vida de bohemio hecha a medida y sin un euro en el bolsillo. “El dinero no me hace falta para nada, todo lo que necesito me lo dan, yo sólo me preocupo de mi mundo, de crear, y la verdad es que no tengo ni idea de qué valen las cosas y no me interesa”, cuenta. Tanto para los empleados del Estela como para sus huéspedes, Puigmarí forma parte ineludible del hotel. Es un imprescindible en este establecimiento que se ha dedicado al mecenazgo del arte desde que en 1993 el pintor Antoni Xaus se encerró dos días en la habitación 105 para dejarla completamente personalizada: el servicio de limpieza no daba crédito. Lo había pintado todo, incluidas sábanas y toallas. En lugar de cobrarle la estancia y los desperfectos, Paco Castellví conservó su obra e invitó a otros pintores a hacer lo mismo. Así llegaron las colaboraciones con Subirachs, las pinturas de los hermanos Moscardó y la oportunidad de Puigmarí, que no sólo decoró la habitación en la que vive, sino que se quedó a vivir allí para siempre sin tener que preocuparse de satisfacer ninguna cantidad al propietario del hotel. Su obra es su aval y él se siente un privilegiado. “Tengo todo lo que necesito en la vida y sólo me dedico a lo que me gusta sin la necesidad de estar pendiente de lo que no me interesa”, explica para añadir: “Además, aquí todo el mundo me aprecia y sé que nunca me faltará nada ni en lo material ni en lo espiritual”.